

Días Santos, Almas devotas

Por el M. I. Sr. Dr. D. José Jiménez Manzanares

No creo que se pudieran hoy repetir las palabras, tan dolientes, que hubo de pronunciar antaño un Prelado andaluz, refiriéndose a una noche de Pasión en la capital de su Diócesis: «Esta noche ha debido de padecer el Señor más, que la noche de su Pasión efectiva».

No se podrá decir hoy otro tanto ni en las capitales andaluzas ni en ningunas otras. Pero es cierto que todavía muchas poblaciones españolas, se ven envueltas estos días, y, sobre todo, en sus noches de Semana Santa, de un ambiente frívolo de curiosidad turística y de sentimentalismos artísticos, ya que no de voluptuosidades sensualistas, que pugnan con el verdadero espíritu ascético y piadoso de los auténticos días santos y de esta Semana en que debemos penetrarnos del sentido de los más grandes misterios del cristianismo, que son los de la Redención, misterios de dolor y de penitencia.

Sin duda, nuestros pueblos, en la magna extensión de las multitudes que asisten a los Santos Oficios y sagradas ceremonias de los cultos de la Semana Mayor, especialmente a las procesiones y a los desfiles de imágenes y pasos, exhibidos para avivar la devoción al Redentor y a su Madre traspasada, no alcanzan el significado misterioso de esas sublimes escenas y no acaban de sentirse dominados por los afectos espirituales y piadosos que debieran excitar en todas las almas cristianas y en todos los corazones devotos.

Pero está a la vista el saludable efecto de devoción y fervor que estos días santos produ-

cen en nuestros pueblos, aún en los estamentos y esferas menos asequibles, por el recuerdo y la representación plástica de los sublimes misterios conmemorados.

Empezará ello en los alardes artísticos y de suntuosos esplendores, en los afanes de superioridad con respecto a otras poblaciones en imágenes y pasos, en el orgullo y, acaso, en el interés de mejores atracciones turísticas y de concurrencias extrañas, acaso pintorescas y excéntricas por extranjeras y razas. Lo cierto es, apesar de todo, que hoy la Semana Santa acusa y manifiesta entre nosotros un interés más consciente, una diligencia más solícita y reflexiva, una seriedad más digna y un aspecto más respetuoso, todo lo cual ha de influir forzosamente como influye en avivar la devoción, la piedad, los sentimientos religiosos y las ideas cristianas más ilustradas.

Antes eran las procesiones o desfiles pasionarios lo que más atraía, con menoscabo de los Oficios, de la visita a los Monumentos y de los sermones. Hoy se asiste preferentemente a las ceremonias de los Oficios litúrgicos; la visita y la vela al Monumento se hacen con edificante compostura y se oyen con recogimiento y máxima atención los sermones.

Antes predominaba la calle y casi amenazaba con dejar desierto el templo. Hoy, el templo está lleno y la devoción trasciende a las calles y las plazas.

Vamos camino del gran ideal de la Semana Santa: Días Santos, Almas devotas.